

XXXIII. LAS POTENCIAS DEL ALMA HUMANA: LOS APETITOS O TENDENCIAS

Los animales se mueven impulsados por inclinaciones que responden al conocimiento que han adquirido de los objetos convenientes o inconvenientes. Tras haber analizado el conocimiento tanto sensible —parecido al que se da en los brutos— como intelectual o racional —propio de los humanos—, nos corresponde ahora estudiar los apetitos o tendencias. El análisis ha de situarse en el marco de una *noción genérica* de apetito. En un sentido técnico, el apetito es la inclinación o tendencia que tiene una cosa, cualquier cosa, hacia un bien que la perfecciona. Las cosas se mueven, pasan de la potencia al acto,⁴⁰⁶ lo cual significa que, en su mismo modo de ser limitado, existe una tendencia hacia la actualización del ser: su perfección. Los seres tienen tendencias, inclinaciones a moverse, a actuar de cierta manera, que dependen de su propia forma de ser, de su propia naturaleza.⁴⁰⁷ En este caso hablamos de *inclinaciones naturales* o de *apetitos naturales*. El apetito natural es aquello a lo que tiende una cosa solo por ser como es, es decir, aquello hacia lo que se mueve —o hacia lo que cambia— en virtud de su forma sustancial.⁴⁰⁸ Una cosa puede tender, por ejemplo, a caerse o a elevarse, a calentar o a enfriar, a mojar o a secar, y a eso va a tender, salvo que algo se lo impida. La naturaleza de cada cosa es principio o causa intrínseca de sus operaciones, que podrán no actualizarse si falla la naturaleza (*v.gr.*, una enfermedad en un animal) o si interviene una causa externa contraria (*v.gr.*, el agua no alcanza a mojar porque se evapora por el fuego). Entonces, todas las cosas que tienen movimiento tienen uno según su modo de ser. Así como el obrar presupone el ser o existir (*operare sequitur esse*), de un *modo de ser* sigue un *modo de obrar*, lo que significa que hay una tendencia natural a obrar de cierta manera: el fuego quema; el ácido corroe un metal, y así sucesivamente. Las cosas naturales poseen *inclinaciones naturales*.

⁴⁰⁶ Cfr. *supra* cap. XXII.

⁴⁰⁷ Cfr. *supra* cap. XXVIII.

⁴⁰⁸ Cfr. *supra* cap. XXIII.

Los seres vivos también tienen inclinaciones naturales, es decir, tendencias a moverse y a actuar derivadas de su modo de ser. Así podríamos decir, por ejemplo, que una planta tiene la inclinación natural a extender sus raíces para buscar humedad y alimento. Y los animales igual poseen inclinaciones naturales, derivadas de su modo de ser; pero además surge en ellos un segundo tipo de inclinación, que se actualiza ante un objeto conocido sensible o intelectualmente.

Las inclinaciones o tendencias derivadas del conocimiento de objetos, percibidos como convenientes o inconvenientes respecto de la propia naturaleza del animal, se denominan “apetitos *elícitos*”. La expresión *elícito* procede del verbo latino *elicere*, que significa “atraer”.⁴⁰⁹ Los podríamos llamar en español “apetitos *provocados*”, pues son despertados por el objeto conocido, que los atrae, hacia el cual se inclinan. El apetito *elícito* es una inclinación que tiene un ser vivo *cognoscente* (un animal) en virtud no sólo de su naturaleza, sino de una forma que ha conocido y que despierta en él la inclinación, es decir, que lo atrae. Dentro de los apetitos *provocados* surge la distinción de dos niveles, según los tipos de conocimiento, porque el apetito *elícito* es provocado por lo que antes ha sido conocido. Lo que se conoce despierta el apetito y lo atrae. ¿Cuál es la noción que surge de esta experiencia, en la que lo conocido, un ser externo, atrae nuestro apetito? La noción de bien: lo que todas las cosas apetecen.⁴¹⁰ A las nociones de ser (o ente) y de verdad, que están en el plano del conocimiento y que son primarias, se añade la experiencia del apetecer, del sentirse atraído hacia la realidad previamente conocida como real y verdadera. Como nos vemos atraídos por algo, entonces formamos la noción de lo bueno como el término objetivo y la causa de nuestra inclinación. No es que la cosa sea buena porque nos atrae, sino que nos atrae porque es buena (o lo parece, en los casos de engaño); pero, si no nos viéramos atraídos, entonces nunca sabríamos que la cosa es buena. En efecto, la inteligencia humana no experimenta sus propios apetitos —tanto los sensitivos como el intelectual o voluntad— como actos originarios que de manera activa dotan de bondad a los objetos, sino, por el contrario, percibe el despertar del apetito como una respuesta a un objeto conocido; es decir, experimenta la actualización del apetito como un efecto de la presencia del objeto en la facultad *cognoscitiva*, y, entonces, a la causa la concibe como apetecible, que es lo que llamamos bueno.⁴¹¹

⁴⁰⁹ Cfr. Millán Puelles, Antonio, *Léxico filosófico*, Madrid, Rialp, 2002, p. 618.

⁴¹⁰ Cfr. *supra* cap. XXV.

⁴¹¹ Cfr. Millán Puelles, *Fundamentos de filosofía*, *cit.*, pp. 371-376, y Vial Larraín, Juan de

Con otras palabras, surge un apetito de una cosa conocida, y la noción de lo bueno, que es el objeto del apetito, se puede generalizar, y después elevar a lo más universal posible, hasta formar la noción trascendental del bien, que la metafísica estudia.⁴¹² Aquí recordamos esta noción de lo bueno para captar que hay unos apetitos, tendencias o inclinaciones, que surgen del conocimiento. Ya hemos visto que son dos los niveles de conocimiento: el sensible y el intelectual. Puesto que el apetito es la respuesta del animal ante el conocimiento, habrá, entonces, dos niveles esencialmente distintos de apetitos: el apetito sensible y el apetito intelectual.

El apetito sensible es la tendencia que sigue al conocimiento sensible, es decir, la que tiene por objeto un bien particular y concreto, que es presentado por los sentidos tanto externos como internos. En cambio, el apetito intelectual es una inclinación que tiene por objeto un bien universal y abstracto, presentado por la inteligencia.

El apetito sensible se subdivide en dos clases o especies, que dependen de dos tipos de bienes concretos y particulares: *i*) el *apetito concupiscible* o inclinación a los placeres, y *ii*) el *apetito irascible* o reacción ante las dificultades. El apetito concupiscible tiene por objeto el *bien deleitable*, esto es, aquel bien que, cuando lo poseemos, nos produce un placer de tipo físico. En efecto, hablamos ahora de apetitos sensibles, que tienen por objeto bienes sensibles, cuyo conocimiento y disfrute es realizado mediante órganos corporales. A su vez, el apetito irascible tiene por objeto el *bien arduo* o *difícil*, es decir, un bien que conlleva una dificultad para conseguirlo. El apetito irascible se apoya en el concupiscible, lo presupone, porque un bien *arduo* implica que detrás de la dificultad —o removido el obstáculo— se encuentra un bien placentero. Hay un obstáculo que se interpone y por eso se transforma en un bien arduo.

Tenemos estas dos potencias: el apetito concupiscible y el apetito irascible. ¿Cómo conocemos estas dos potencias? Por sus actos y por sus objetos, según lo que ya hemos expuesto: *las potencias se conocen por sus actos, y los actos objetos distintos, aunque semejantes en cuanto que pertenecen al mismo género del bien sensible: el bien deleitable y el bien arduo*. Los actos de los apetitos sensibles son las *pasiones*. Se llaman pasiones porque se actualizan con una *autonomía relativa* respecto de la voluntad, por lo cual experimentamos dichas actualizaciones de los apetitos como algo que nos sucede, que

Dios, *Inteligencia y libertad en la acción moral*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 2002, pp. 23-25.

⁴¹² Cfr. *supra* cap. XXV.

padecemos, aunque en el nivel sensible es también algo que obramos. En el mundo humano, donde las pasiones están influidas por la inteligencia y la voluntad, usamos asimismo nombres más suaves que el de *pasión*: sentimientos, afectos, emociones... Todos estos nombres indican un tipo de realidad que corresponde a la actualización de la capacidad de reaccionar frente a los bienes sensibles que conocemos.

Los autores clásicos hicieron una tabla detallada con todas las pasiones. Distinguieron seis pasiones del apetito concupiscible, que son formas distintas de relacionarse con el bien placentero: el amor, el deseo y el placer, y sus contradictorios: el odio, la aversión y el dolor (sufrimiento, tristeza). Se trata de un mapa de los modos de reaccionar frente al bien placentero. El amor es la reacción básica ante el bien deleitable en sí mismo, con independencia de cualquier otra circunstancia. En cambio, el deseo surge como inclinación, basada en el amor, respecto del bien *ausente* en cuanto que aún no es poseído: es conocido o representado interiormente, pero sin tenerlo a la mano. El gozo o placer o alegría surge en el mismo apetito concupiscible cuando el bien deseado es poseído, es decir, está presente no sólo al conocimiento, sino a la potencia capaz de actualizarse con ese bien. Tanto el deseo como el placer presuponen que su objeto es amado, pues el amor es la pasión básica ante el bien. No se puede desear ni gozar algo que no se ama. El amor también está en la base del odio, porque odiar es sentir el rechazo de un objeto percibido como malo; pero el mal es la privación de un bien, respecto del cual existe el amor; por lo tanto, no es posible odiar un mal sin amar el bien contrario. La reacción adecuada contra el mal sensible, considerado en sí mismo, es el odio. Si ese mal se lo considera como ausente, la pasión que surge es la aversión, que presupone un deseo (*i.e.* el deseo del bien contrario, opuesto). Si ese mal afecta actualmente al animal, surge el dolor o la tristeza o el desagrado o el sufrimiento (*v.gr.* si el animal recibe un golpe o una herida).

El apetito irascible tiene distintas manifestaciones, que se relacionan con el obstáculo o la dificultad que se interpone en la búsqueda de un bien o en la huida de un mal (pues evitar el mal es un bien). Este bien —o la evitación del mal contrario— sería simplemente deleitable si no existiera la dificultad anexa. Así surgen las cinco pasiones del apetito irascible: *i*) la esperanza, ante un bien que se percibe como *difícil pero alcanzable* (*i.e.* el obstáculo parece superable); *ii*) la desesperación o desánimo, que lleva a cesar en el intento, ante un bien arduo que se percibe como *imposible de alcanzar* (*i.e.* el obstáculo parece insuperable); *iii*) la audacia, ante un mal difícil de evitar cuando se percibe que es posible vencerlo (*i.e.* la dificultad, en este caso para evitar el mal, se

percibe como superable); *iv*) el temor, ante un mal difícil de evitar cuando se percibe que es imposible vencerlo (*i.e.* la dificultad para derrotar ese mal se percibe como insuperable), y *v*) la ira, que es la reacción inmediata ante el mal presente considerado como difícil de evitar; el mismo mal padecido produce tristeza en el apetito concupiscible, pero provoca ira en el irascible, pues la ira es como un movimiento hacia la destrucción de ese mal que nos afecta, percibido como injusto. La ira se produce cuando el animal es afectado por un mal que es difícil sacárselo de encima, cuando está sufriendo una injusticia. Por analogía se puede aplicar la noción de injusticia al animal, en cuanto que una realidad o fuerza externa se opone al bien propio del animal de manera violenta, aunque el animal no tiene ninguna conciencia de injusticia. Así puede verse que se explican todos los movimientos: la esperanza mueve a buscar o proseguir el bien; la audacia, a atacar el mal; la desesperación, a cesar en el esfuerzo; el temor, a huir del mal, y la ira, a revolverse contra el mal presente, mediante la venganza. No existe una pasión opuesta a la ira, porque si lo que está presente no es un mal, sino un bien, ya no es arduo. El bien presente presupone que la dificultad fue superada, y sólo da origen a placer. Y si se trata de un mal presente respecto del cual no cabe reaccionar, únicamente se siente dolor sin ira.

En la base de todas estas pasiones está el amor del bien, pues sin la inclinación básica y natural hacia el bien no pueden surgir las inclinaciones respecto del mal, que es la privación del bien, ni respecto de los obstáculos que se oponen a la consecución de lo bueno o la evitación de lo malo. No hay motores más básicos que el amor, incluso en el nivel sensible. Por desgracia, una cultura que trata al amor como sinónimo de tantas cosas distintas, ya no puede comprender en qué sentido es un motor de la vida. Por contraste, ya decía Dante que es *el amor lo que mueve al sol y a las otras estrellas*.⁴¹³

En el ser humano se dan todas las pasiones sensibles, que tenemos en común, de manera análoga, aunque muy superior y profunda, con los animales brutos. No obstante, por encima de los apetitos sensibles, en el ser humano se da el *apetito intelectual*, es decir, una tendencia que se despierta en relación con un bien *inteligible*, imposible de captar por los sentidos. Tradicionalmente, “voluntad” es el nombre del apetito intelectual. Aristóteles habla de un *intelecto desiderativo* o un *deseo inteligente*,⁴¹⁴ porque se da cuenta de que es un deseo que está muy unido a la inteligencia. Los autores que vienen

⁴¹³ Cfr. Alighieri, Dante, *La divina comedia*, México, Porrúa, p. 328 (*Paraiso*, Canto XXXIII).

⁴¹⁴ Cfr. *EN*, IV, 2, 1139b5. Cfr. Vïgo, *Aristóteles*, *cit.*, pp. 110-114.

después le dieron el nombre de “voluntad”; pero también se dieron cuenta de que el apetito intelectual está tan unido a la inteligencia, que la voluntad está en la inteligencia y la inteligencia está en la voluntad.⁴¹⁵ Aunque hay tradiciones filosóficas en las que no se distinguen la inteligencia y la voluntad, y algunas —como el empirismo de David Hume— que no distinguen el deseo racional del deseo sensible, nosotros, después de tantos miles de años e insertos en la tradición del realismo filosófico, podemos distinguir de modo claro. Podemos decir: “Yo sé esto, pero no lo quiero”. Asimismo, nos damos cuenta de que, al hablar del querer, podemos aplicar al nivel de la voluntad todas las distinciones que surgen en el nivel de las pasiones. Hay un amor de la voluntad, un deseo de la voluntad, y así sucesivamente: odio y aversión, gozo y alegría, esperanza y desesperación, audacia y temor, e ira, como actos de la voluntad. Hablamos entonces por analogía, pues la voluntad siempre va a querer un objeto presentado por la inteligencia. Ese objeto, en cuanto bueno o malo, fácil o difícil, ausente o presente, etcétera, admite actos voluntarios descritos con los mismos nombres de las respectivas pasiones. En este nivel del espíritu, de la voluntad, el amor de la voluntad es también el acto primario y fundamental.

⁴¹⁵ Cfr. *S. Th.*, I-II, q. 9, a. 1 y q. 82, a. 4.